

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No recuerdo en este momento si la fiesta de la Inmaculada Concepción figura entre las que la Iglesia ha reformado, quitándoles la obligación de misa, como se la ha quitado al *Corpus Christi* y á las de los patronos titulares; pero sin duda es muy señalada esta conmemoración, que se relaciona con el mayor de los misterios, la Encarnación redentora.

Y, siendo tan señalada, no falta quien desconozca, aun entre los católicos, su significado. Bastantes he visto que creían que la fiesta del 8 de diciembre se consagraba á la pureza de María; no á la pureza en que fué concebida, sino á la pureza con que concibió del Espíritu Santo.

Hay, en todos estos dogmas de la Iglesia, de tan profundo sentido, algo también muy hondo mirado á la luz de la ciencia, y relacionado con lo que sabemos más claramente de la naturaleza humana. El dogma que tiene más miga, digámoslo así, es el del pecado original. La teología enseña que, como el primer hombre era el hombre universal, al contaminarle el pecado contaminó á toda su especie, y que del pecador tuvieron que nacer pecadores. No cabe nada tan científicamente serio como esta afirmación, que encierra la teoría de la herencia y de las razas.

Los que, como Juan Jacobo Rousseau, han sostenido la bondad natural del hombre, suponiéndola adulterada por la sociedad y la civilización, no han hecho sino demostrar que puede decirse y defenderse lo más absurdo. Las ideas de Rousseau han abierto surco; las han aceptado con entusiasmo las muchedumbres, y no sólo las muchedumbres, sino inteligencias privilegiadas, como la del conde de Tolstoy; han socavado los cimientos de la justicia social, y de la sociedad misma, y sin embargo, son lo más anticientífico, antipositivo y antiexperimental que puede existir. Van contra todo lo observado; dan solemne bofetón á la realidad; pugnan con cuanto sabemos; reproducen los iluminismos y los saturnismos de la Edad Media. En cambio, los frailes y teólogos que en aulas y basílicas enseñaban la corrupción original de nuestra especie, eran, verdaderamente fisiólogos y psicólogos de lo más avanzado, en el terreno científico.

De esta corrupción exceptuaron á la Virgen, en cuyas entrañas había de nacer el Salvador, el Mesías, Manuel, aquel que comería manteca y miel perfumada, la miel del amor. Y, aunque la Virgen fuese engendradora como todos los humanos,—el pecado no se transmitió á ella.—Tal es el sentido del dogma de la Inmaculada.

No fué dogma hasta hace muy poco tiempo: á mediados del pasado siglo, fué cuando Pío IX hizo la declaración solemne. Hasta entonces, corría tan sólo como piadosa doctrina de algunas Ordenes religiosas, y muy en especial de la franciscana, en la cual han dominado el sentimiento y la poesía, el misticismo y la idea de la gracia, un contacto más estrecho y tierno con la divinidad. Otras Ordenes, en cambio, no se mostraban tan favorables. Largas disputas resonaron en los claustros, acerca de este punto.

Un franciscano, Dunsio Escoto, llamado el doctor Sutil, fué quien sostuvo la más encarnizada, la más reñida, en la cual agotó las fuerzas de su cuerpo y de su ingenio, y que terminó por medio de un argumento tan sencillo y conciso como fuerte: el famoso «convenía, pudo, luego quiso» aplicado á la voluntad de Dios respecto á la Concepción de la Virgen. Desde aquella controversia del siglo XIII, la opinión piadosa respecto á este dogma quedó formada, y el dogma, moralmente definido, por decirlo así. Pero todavía las discusiones habrán de prolongarse cinco siglos y medio, y los tomistas, enemigos de los esco-

tistas, agotarán los argumentos y las proposiciones del escolasticismo, en contra.

Mirado este dogma desde otro punto de vista, envuelve la mayor exaltación de la mujer, y compensa todas las severidades y condenaciones que los Padres de la Iglesia han derramado sobre el sexo femenino. Bossuet, en su doctrina mariana, llegó á decir que la Encarnación no hubiese podido realizarse, si María no presta su asentimiento, si no pronuncia el «hágase en mí según tu voluntad.» El decreto divino necesitó la conformidad de la criatura. Los destinos del mundo, la Pasión de Cristo, no se hubiesen realizado sin la aquiescencia de María. Y esto es uno de los testimonios más magníficos, más esplendurosos tributados por la fe á la libertad humana, gran privilegio de nuestra especie.

Sobre la consagración de la mujer en María, el arte ha extendido sus velos de oro. Lo que llamamos «Las Concepciones» de Murillo, no son, como suele creerse, simbolismos del momento en que Jesús es concebido del Espíritu Santo en las entrañas de María, sino apoteosis de la Concepción Inmaculada de ésta. Por eso la representan en toda su juventud, hermosura y encanto, rodeada de coros de ángeles, pisando la cabeza de la serpiente; y por eso los primitivos, en sus tablas del XV, la figuraban de un modo candoroso, en el mismo seno de su madre, adorada por San Joaquín y Santa Ana, y contemplada, desde lo alto de los cielos, por el Padre Eterno. Entre los pintores concepcionistas, han descollado siempre los españoles, aun prescindiendo de Murillo, que hizo suyo este asunto, con dominio incontestable. Baste recordar los nombres de su discípulo Tovar, que le bebió el aliento; de Juan de Juanes; del gran Ribera; del energético Ribalta; de Palomino, Castillo, Valdés Leal, Escalante, Pacheco, Maella, y tantos otros como trataron este asunto seductor, del cual no se cansaba nunca la imaginación nacional. Los tallistas también se apoderan de él, si bien con menos fortuna que los pintores, porque la poesía del tema está en el cielo, en los rompimientos de gloria, en las nubes de oro y grana que rodean á la Virgen, en la travesura de los angelicos rientes y morenos que asoman jugando con rosas y palmas, ó sacando de entre dos nubes sus carofitas aladas y sin cuerpo.

Al concretarse en el mármol ó en la madera, el asunto lleno de sugestiones de pureza y gozo, pierde mucho. Por eso, á pesar de que hoy más que nunca las iglesias se adornan con estatuas de la Inmaculada y ha aumentado el movimiento con la devoción de Lourdes, ninguna puede llamarse obra maestra.

La Iglesia suprime fiestas, porque la observancia clásica del descanso dominical es ya tan rigurosa en el extranjero, que en cambio la semana tiene que consagrarse al trabajo sin interrupción; pero sucede, al menos en España, algo curioso, y es que la fiesta suprimida sigue guardándose, y no creo que por devoción, ni cosa que lo valga, sino por pura holgazanería: llamemos á cada cosa por su nombre. La tendencia, al menos en las aldeas, es á no hacer uso de la licencia que da la Iglesia, y á aumentar el número de días festivos. Hay al año dos ó tres ocasiones, en que estragan los aldeanos semanas enteras, gastándose en cohetes lo que ahorran en ropas ó medicinas; son las fiestas patronales y las votivas; aquellas en que han ofrecido, de común acuerdo, una misa en honor, verbigracia, de San Roque; y tan cristiano propósito va acompañado de mucha pirotecnia y bastante música.

No hay que ser severos en demasía con estos solaces. La vida del labriego, sin ser tan excesivamente dura y triste como la pintan, (al menos en este clima templado y en estos campos risueños ó dulcemente melancólicos), carece de distracciones, de esos goces que hoy disfrutan hasta los obreros más menesterosos, en las ciudades. Oyen hablar, acaso leen —si alguno sabe de letra— que hay teatros, cines, festejos, aerostación, golf, foot-ball; á todo ello no alcanzan, y quieren romper la monotonía de su existencia lenta y laboriosa con algún placer; quieren bailar, ver mozas, divertirse. Y como en el campo no van á organizar un concurso hípico, se acogen á la función religiosa, satisfaciendo así á la vez el deseo de implorar la protección de los santos, y la comezón de refocilarse, en festines bien humildes, nada semejantes al de Trimalción, (como no sea en la abundancia.)

Porque en el campo, donde á diario se come un pote de berzas con unto, el día de la fiesta se devora; se desquita el año entero de abstinencia. La carne, lujo insólito, la salazón de cerdo, hacen el gasto. Los aldeanos de mi tierra son una demostración palmaria de la superioridad del vegetarianismo. Con vegetales se mantienen á diario, y trabajan activamente sus predios, y cargan sus carros, y alcanzan longevidad, y no sufren más enfermedades de las que sufre

la clase acomodada, que se mantiene de aves, ternera, pescado y grasas.

Claro es que no lo hacen por virtud, los labriegos, sino por necesidad. Si pudiesen, también ellos absorberían diariamente el veneno de la carne, y los más violentos aun de las aves azoadas. Para decirlo terminantemente: se atracarían de bifecks y de perdices, riéndose de sus toxinas. La prueba es que, apenas idean una fiesta religiosa, si pueden, traen bacalao, compran carne de matadero, ó sacan del fondo de la artesa el trozo de cerdo salado, símbolo de la alegría, según la canción popular. Transcurrido el señalado día, ó días, porque los prolongan cuanto pueden, mientras hay olla, volverán á engullir resignadamente sus verduras y sus fríjoles, sus patatas y sus tortas de maíz moreno é insípido. ¡Pero, mientras se puede, venga hartura! Hasta se llega al extremo de poner plato de dulce; sí, arroz con leche, regado simétricamente de canela.

No dice mucho en favor de la espiritualidad de nuestra especie esto de que el regocijo nazca siempre de la nutrición. Bien lo sabía Sancho, y á su modo, el caballero de la Triste Figura, que era tan triste quizás por la manía de sustentarse con hierbas, raíces y amorosos y heroicos pensamientos. Si la espiritualidad consiste en esto, en desdeñar el sustento corporal, cabe decir que en España tiene su templo esta virtud, porque España es el país de los sitios sufridos resistiendo al imposible del hambre, y el vivero de los hombres sobrios, que caminan, pelean y mueren sin acordarse del sustento. Todas las abundancias de las bodas de Camacho ¿qué valen al lado de las comilonas flamencas? Visítad los Museos españoles y comparadlos á los holandeses: apenas encontraréis, entre nuestros pintores, tan realistas, una escena de hartazgo, mientras en Holanda abundan, y hay pintores, como Teniers, que apenas pintan otra cosa sino festines ó atraquinas con acompañamiento de borracheras.

Como no hay tesis que no pueda sostenerse, ya lo hemos observado, se ha dicho que de esta sobriedad hispánica procedía en parte nuestro atraso; que el deseo y necesidad de mantenerse, de granjear el alimento, despierta la actividad, y el comer mejor, con más refinamiento de la gula, incita al ingenio para la industria y las especulaciones comerciales. Ello será así, pero también debe comprenderse que en los pueblos en que es tan exigente el estómago, la escasez será menos soportable; y así sucede, siendo los ejércitos de esas tierras muy difíciles de sostener y mantener en pie de guerra, y exigentes sus soldados en lo de bucólica. Napoleón acostumbraba repetir que las batallas las ganaba la administración militar, lo cual había expresado ya Sancho al decir que tripas llevan pies, y no pies tripas. Y sin embargo, en la patria de Sancho, se han ganado batallas sin comer, y se han hecho verdaderas enormidades heroicas, muriendo de inanición.

De todo ello saco en limpio que debemos perdonar un poco de gula á los sobrios, frugalísimos aldeanos; notando que, —aun llegado ese momento de expansión, de alegría física, causada por una alimentación mejor que la de cada día y que estimula las funciones del organismo y enriquece la sangre,—todavía lo principal del gaudium consiste en algo puramente espiritual, irreductible á las imposiciones de la materia: los cohetes, que son la escapatoria del espíritu hacia regiones más luminosas y más altas.

La pirotecnia es cosa, bien mirada, muy fina, y ella sola gradúa á un pueblo de soñador y de imaginativo. El dinero que anualmente se gasta en Galicia en fuegos artificiales, representa una muy razonable suma. Con ella se comprarían cereales y piezas de lienzo. Pero el aldeano, algo poeta sin saberlo, prefiriere ese rastro de luz en el firmamento, ese estrépito de alborozo agitando el aire. Gasta en esto muy gustoso, como gasta en la murga estruendosa, ó en el piano mecánico, que prefiriere á su antigua gaita, y en esto, ciertamente, la poesía no asoma.

No es posible expresar con palabras la desarmónica, el contraste antipático que existe entre las frondas del castaño, los horizontes grises donde se eleva el penacho de humo de las cabañas, las hojas secas que crujen bajo el pie, en una de estas hermosas tardes otoñales, la silueta de la vieja iglesia parroquial y del humilde cementerio aldeano, y los sonidos del insoportable manubrio, aporreando el «vals de los besos» del *Conde de Luxemburgo*, ó las canchalescas notas de un tango picaresco. ¡La gaita se ha ido, y ha quedado en su lugar ese innoble instrumento, negación del arte, cancamurria infernal!

Mucho habría que aquilatar para definir en qué consiste la civilización, y seguramente el gaitero antiguo no representa el atraso.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.